

La desigualdad en México

José Woldenberg

El sello más longevo, permanente y fundamental que marca a la sociedad mexicana y le da su textura es el de la desigualdad. Una desigualdad tan abismal que difícilmente se puede hablar de una sociedad medianamente integrada. Por el contrario, México es habitado por clases, grupos y pandillas que carecen de mecanismos de identificación entre sí, porque viven escindidos unos de otros por las oceánicas desigualdades.

Se trata de un rasgo estructural de nuestra convivencia que debería ponerse en el centro de la deliberación pública y de las políticas. Y sin embargo, quizá por ser ancestral, existe una especie de aceptación inercial de la misma. Por ser parte de nuestro paisaje nos hemos acostumbrado como sociedad a vivir entre y con ella. No conmueve como debiera. Por eso el primer mérito del libro de Carlos Tello es el de tratar de poner en la agenda de la discusión el monumental tema de la desigualdad en nuestro país.

Es además un afán viejo del autor. Desde sus “Notas para el análisis de la distribución personal del ingreso en México” que apareció en *El Trimestre Económico* hace ya cuarenta años (1971) hasta *Estado y desarrollo económico: México, 1920-2006* (FELUNAM, 2007), pasando por el libro que coordinó conjuntamente con Rolando Cordera, *La desigualdad en México* (Siglo XXI, 1984) y el clásico (también con Cordera) *México, la disputa por la nación* (Siglo XXI, 1981), la preocupación central de Carlos Tello ha sido la de construir un país menos polarizado, más equitativo, más habitable.

Recientemente, Fernando Escalante reseñó un libro (Richard Wilkinson y Kate Pickett, *Desigualdad: un análisis de la infelicidad colectiva*) que no conozco, “cuya conclusión básica se puede resumir en una fra-

se: la vida es peor para todos, ricos y pobres, en las sociedades más desiguales”. Los autores encontraron una “correlación fortísima... entre la desigualdad y una serie de patologías sociales”.

Las sociedades más desiguales tienden a tener mayor incidencia de obesidad, más embarazos adolescentes, más delitos violentos, más población en reclusión, más drogadicción, más problemas de salud mental, menor movilidad social, menor esperanza de vida, peor desempeño educativo.

El estudio trataba de los veinte países más desarrollados del planeta y Escalante se pregunta, y con razón, “¿cómo nos iría a nosotros?”. Porque cuando hablamos de desigualdad estamos hablando de la calidad de la convivencia social (*La Razón*, 12 de marzo de 2011).

Sobre la desigualdad en México es un libro que recorre la historia del país. No se trata de una nueva historia. Es más, la historia resulta conocida. Pero el énfasis de Carlos Tello es lo novedoso. Ver el transcurso de nuestro devenir subrayando el problema central de las relaciones sociales del país: la desigualdad.

Desde el mundo prehispánico, pasando por la Colonia, el siglo XIX y XX y hasta nuestros días (salvo algunos breves periodos rescatados por el autor), la desigualdad ofrece la impresión de ser imbatible. Quizás una de las claves explicativas esté en la fórmula diferente en que el mal llamado Nuevo Mundo entró en contacto con el también mal llamado Viejo Mundo. Mientras al norte de lo que hoy es México se produjo un movimiento de colonización, en nuestras tierras fueron conquistadores los que establecieron el nexo entre los dos

continentes. Mientras en lo que sería Estados Unidos los colonos están “dispuestos a vivir y trabajar en los nuevos territorios”, los soldados-conquistadores, “no llegan de la España más avanzada y moderna... sino de la más atrasada: Extremadura y Castilla... pensando, desde el principio, en el viaje de regreso y ya con la fortuna hecha”. Luego “se repartieron el territorio en grandes porciones, y les fue preciso buscar quienes las trabajasen por ellos...” (pp. 16-17).

Una sociedad desigual se sobrepuso a otra que también lo era. Pero las “marcas de origen” son eso y no destinos inmodificables (por lo menos en teoría). Y Carlos Tello rastrea las políticas, las coaliciones de gobierno, los fenómenos económicos, las derivaciones sociales, que en cada etapa de nuestra historia se han encargado de perpetuar la desigualdad.

La guerra de Independencia, la pérdida de la mitad del territorio, la etapa armada de la Revolución son también eventos que impactan negativamente —en el corto plazo— las posibilidades de crecimiento económico, aunque la última y la primera abren posibilidades para un país menos desigual, más integrado, menos inequitativo. Tello nos recuerda que entre 1810 y 1860 el producto interno bruto por persona cayó en más de 30 por ciento y que además “disminuyó... frente al resto del mundo”. En una frase luminosa nos dice: “El Estado mexicano nació quebrado”. Se trata de conflagraciones que en un primer momento impactan negativamente el funcionamiento de la economía, la infraestructura, las redes comerciales, la capacidad instalada de las manufacturas y empresas, pero que pavimentan el terreno para la emergencia de nuevas o renovadas relaciones sociales.

La lenta y errática construcción del país y su Estado nacional en el siglo XIX, cruzado por las intensas pugnas entre liberales y conservadores, republicanos y monárquicos, los fuertes regionalismos, el poder de la Iglesia y el acoso expansivo de los Estados Unidos y las pretensiones revanchistas de Francia hacen difícil el crecimiento y la desigualdad se reproduce inercialmente. “Por lo que se refiere a la desigualdad social y económica de los mexicanos —escribe Tello— no cambian mucho las cosas en los años de la República restaurada” (p. 89). Aunque creo no debemos despreciar la igualdad jurídica nominal que se construyó en aquellos años. Hoy nos parece parte del sentido común, pero no lo era. Y tuvo que enfrentar poderosos intereses para asentarse aunque fuera de manera nominal. El llamado Porfiriato construyó estabilidad, promovió el crecimiento, logró una cierta integración del país, e incluso mejoró significativamente el PIB por persona comparado con su evolución con el resto del mundo, pero en materia de desigualdad, al parecer, no hubo logros significativos.

La Revolución puso en acto una serie de reivindicaciones tendientes a modificar las relaciones sociales en el país. En el terreno político, un potente reclamo democrático. Y en lo social, el reparto agrario y los derechos de los trabajadores, como resortes para edificar un país menos polarizado. En conjunto, un horizonte para México que debía conjugar libertades y equidad, ejercicio de derechos civiles, políticos y sociales.

Tello reconstruye la historia. El estallido armado, el triunfo de Madero, el golpe de Estado, la rebelión contra Huerta, el desplome de las instituciones del Estado, la lucha entre facciones, la reconstrucción del país, hasta llegar al periodo presidencial del general Lázaro Cárdenas, en el cual encuentra un intento sostenido en búsqueda de la igualdad. Y las cifras del reparto agrario (alrededor de veinte millones de hectáreas), el número de huelgas y huelguistas y la actitud del gobierno ante ellas, la disminución del índice de pobreza son elementos que ilustran el impacto de ese programa de gobierno.

En ese terreno vale la pena detenerse en las relaciones entre las organizaciones sociales y el gobierno del general Cárde-

nas. Este último sin duda auspició la organización de campesinos y trabajadores asalariados, vio con buenos ojos la multiplicación de su fuerza (aunque no estuvo de acuerdo en una organización nacional que los reuniera a ambos) y pensó en ellos como una base de apoyo estratégica para su gestión.

Pero esa convergencia también debe verse desde el lado de los trabajadores. El proceso de organización de los mismos venía de atrás, al igual que sus reclamos. La reivindicación agrarista encontró una primera desembocadura en la Constitución de 1917, luego de la cual se multiplicaron movilizaciones e intentos organizativos para hacer que sus preceptos se convirtieran en realidad. Y algo similar ocurrió con los trabajadores. Desde el siglo XIX empezaron a darse algunos intentos de organización en mutualidades y las demandas por regular las condiciones de trabajo de forma bilateral (es decir, entre la empresa y los trabajadores) suscitaron algunos de los conflictos más cruentos al inicio del siglo XX, por ello cuando fueron reconocidos los derechos de sindicación, contratación colectiva y huelga, no fue casual que la ola asociativa se incrementara como un tsunami. Ese potente movimiento tiene su punto estelar con la constitución de la CTM y los grandes sindicatos nacionales por rama de producción. Y es también ese peso que los trabajadores

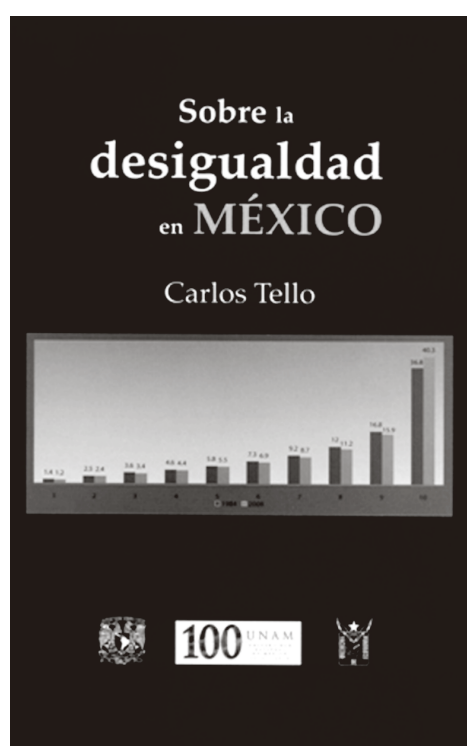
adquieren en el escenario de la política lo que ayuda a explicar las políticas cardenistas en su beneficio.

Este apunte —creo— es importante porque el rumbo de las políticas económicas no pueden ser explicadas solamente por la voluntad de sus operadores, sino que se encuentran marcadas también por la “correlación de fuerzas” de los principales bloques sociales. Y lo que sucedió a partir de los años cuarenta fue un lento pero sistemático proceso de subordinación de las organizaciones populares a los designios gubernamentales mientras las agrupaciones empresariales no solamente se fortalecían sino delineaban un proyecto que irradiaron hacia todos los ámbitos de la sociedad. En esa disparidad de fuerzas quizá se pueda encontrar algunas de las claves para explicar nuestra persistente desigualdad.

De 1940 a 1982 el país vivió un espectacular crecimiento económico y una estabilidad política envidiable si se le compara con lo que sucedió en no pocos países de América Latina, sacudidos por recurrentes golpes militares. Escribe Tello: “La situación de todas las clases sociales tendió a mejorar, a pesar de que las desigualdades continuaban”. Y en efecto. Son años de expansión de la economía, a la que luego de 1954 se sumó una “relativa estabilidad de precios” y que logró que el PIB por persona creciera al 3 por ciento anual en términos reales durante casi cinco décadas (1933-1982). Los hijos tendían a vivir —en términos materiales— mejor que los padres, aunque las brechas de la desigualdad continuaron incommovibles.

En medio de ese crecimiento se produjeron no escasos conflictos políticos y sociales, de forma destacada el movimiento estudiantil de 1968. Un estallido que puso el acento en el autoritarismo gubernamental y en la falta de espacios para que la diversidad de sensibilidades e ideologías pudieran expresarse; un reclamo democratizador que colocaron, paradójicamente, quienes habían sido beneficiarios del crecimiento económico y sus procesos de urbanización, educación, modernización.

Tello ilustra los esfuerzos que se desarrollan también por construir una mayor equidad en México en aquellos años. El Seguro Social, el ISSSTE, la expansión de la ma-



trícula educativa, la creación del Infonavit, Conasupo, el Programa Integral de Desarrollo Rural (Pider), Coplamar, la Comisión Nacional de Zonas Áridas, etcétera, tienen una clara orientación: intentan expandir el usufructo de los derechos a la salud, educación y vivienda, al tiempo que se combaten las expresiones más extremas de pobreza. No obstante, Carlos Tello concluye que “al final de cuentas, la secular desigualdad” no pudo ser eliminada (p. 211). Ello es cierto, pero sería necesario preguntarnos qué hubiese sucedido sin la creación de las

instituciones y programas enunciados. Porque quizá lo que se extraña en el libro sea una medición más fina de los efectos, que presumo positivos, de cada una de esas políticas en materia de combate a la desigualdad y la pobreza.

De 1982 a la fecha, se sabe, la economía no crece o no crece con suficiencia. La llamada crisis de la deuda, que estalló en aquel año, puso en evidencia las debilidades de nuestra economía y fue conjurada con el manual en boga. Vale la pena preguntarse, qué tanto la primera respuesta estuvo marcada por la ideología y qué tanto por la necesidad. Pero a partir de entonces se implantó un recetario que incluyó la redimensión del Estado (progresiva eliminación del déficit público; venta, transferencia o cierre de empresas públicas, desregulación de diversas actividades económicas, etcétera), la apertura al exterior y una nueva política monetaria y financiera que incluyó la desregulación de los servicios de la banca, su apertura al capital externo, la eliminación de buena parte de la banca de desarrollo y el otorgamiento de la autonomía al Banco de México.

Junto al no crecimiento hemos vivido “un aumento sostenido en la concentración del ingreso”, un crecimiento del empleo informal, un déficit permanente de empleos formales y millones de mexicanos colocados en el nivel de pobreza extrema. Y los datos que aporta Carlos Tello son contundentes.

No obstante, creo que vale la pena no minusvaluar tanto —como lo hace el libro— algunos proyectos institucionales que parecen estar dando algunos resultados. Son los casos del Infonavit (y en general la política de fomento a la vivienda) y el Seguro Popular que en el texto son despachados —para mi gusto— de manera muy rápida.

Según la Comisión Nacional de Vivienda, en 2009 y 2010 se entregaron 3.5 millones de créditos y subsidios para viviendas. De los cuales el Infonavit entregó 923 mil, el Fovissste 191 mil, Conavi 370 mil, Fonhapo 327 mil, la banca 273 mil y otros el resto. No son cifras que se puedan despreciar, sobre todo si tomamos en cuenta que el promedio de miembros por familia es de 5, es decir, aproximadamente 17.5

millones de personas se estarían beneficiando de esos créditos en sólo dos años.

Sobre el Seguro Popular afirma Tello que “profundiza la segmentación” de los servicios de salud. Creo que hay que hilar más fino. La segmentación (es más, la desigualdad en la atención a las necesidades de salud) es preexistente al Seguro. Lo que significa que millones de mexicanos simple y llanamente carecían de alguna vía institucional para recibir servicios de salud. Lo que hace el Seguro es ofrecer esos servicios a quienes no lo tienen ni por la vía del IMSS, ni del ISSSTE, ni son trabajadores de Petróleos ni cuentan por supuesto con un seguro médico privado. Y hoy al Seguro Popular se encuentran afiliados 44.9 millones de mexicanos que de otra manera no tendrían cobertura de salud. Por cierto, el IMSS tiene hoy 41.6 millones de afiliados y el ISSSTE 7.9.

Quizá lo acumulado en la materia permita, como lo señala Tello, trascender la segmentación, es decir, servicios de salud marcadamente diferenciados en calidad, para edificar un sistema que tienda a la universalización de los derechos. Y ojalá eso suceda también en otros campos.

La idea de que los hombres son iguales, nos recuerda Carlos Tello, es una idea moderna. Y en el plano jurídico-formal todos lo somos. No obstante, para construirla en el día a día —o por lo menos para reducir las profundas desigualdades— se requiere de políticas capaces de fomentarla, auspiciarla. No será la inercia ni el libre mercado ni la providencia las que puedan resolver el enorme acertijo que tenemos en la materia. Lograr una mejor distribución de los ingresos, abatir la pobreza, construir un auténtico Estado de bienestar en el cual las necesidades básicas de las personas (educación, salud, alimentación, vivienda) estén cubiertas, conseguir que los derechos no sólo sean nominales sino sean ejercidos por millones de excluidos parece ser no sólo un imperativo moral, sino político, si es que queremos edificar una sociedad medianamente habitable. **U**

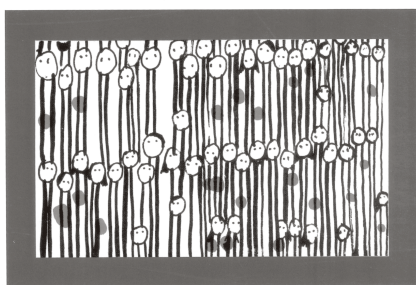
Carlos Tello, *Sobre la desigualdad en México*, Facultad de Economía, UNAM, 2010, 366 pp.

la desigualdad en México

rolando cordera/carlos tello (coords.)

julio boltvinik, urbano farías,
julia carabias, carlos pereyra,
jose joaquin blanco,
enrique hernández laos,
gustavo gordillo, jaimé ros,
raúl reja, josé woldenberg,
julio lópez gallardo, nora lustig,
eugenio rovar

siglo
veintiuno
editores



méxico

la disputa por la nación

perspectivas y opciones del desarrollo



siglo
veintiuno
editores

rolando cordera
carlos tello